



Me dispongo a la oración con estos textos

“ ¡Ay de nosotros el día en que estemos en paz con el mal!

–Guillermo Rovirosa, O.C. TV. 213

“ La pobreza de espíritu, el llanto, la mansedumbre, la sed de santidad, la misericordia, la purificación del corazón y las obras de paz pueden conducir a la persecución por causa de Cristo, pero esta persecución al final es causa de alegría y de gran recompensa en el cielo. El sendero de las Bienaventuranzas es un camino pascual que lleva de una vida según el mundo a una vida según Dios, de una existencia guiada por la carne –es decir, por el egoísmo– a una guiada por el Espíritu. El mundo, con sus ídolos, sus compromisos y sus prioridades, no puede aprobar este tipo de existencia...

–Francisco, Catequesis sobre las bienaventuranzas, 29 abril 2020

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Tan pobre que ni siquiera sabemos su nombre; solo que tiene 48 años, que abandonó su país, su vida, su trabajo, su hogar, después de haber sido amenazado de muerte. Tan pobre que desde entonces su vida se pierde entre papeles, como nos cuenta en el [¡TÚ! de diciembre-enero pasado](#). Tan pobre que en él se encarna la primera de las Bienaventuranzas que el evangelio de este domingo nos narra.



En mi propio entorno vital hay realidades de bienaventuranza que necesito descubrir, que son, a la vez, realidades de injusticia y opresión. Las traigo a la mente, a los labios, al corazón, y desde ellas, oro.

Ay

Ay, si no me conmuevo,
si no grito la injusticia.
Ay, si no bajo hasta lo más mísero,
si no me estremezco con el gozo ajeno
que en el misterio se hace mío y bueno.
Ay, si miro desde arriba al caído,
si no proclamo su grandeza.
Ay, si no pongo la alegría,
si no me involucro en el día a día.
Ay, si grito con furia,
si mi violencia arrastra.
Ay, si no apuesto por desconfianza,
si no abrazo con todo lo que soy.
Ay, si no busco lo gratuito,
si condeno, o encadenado.
Ay, si no arriesgo,
si por comodidad coarto el vuelo.
Ay, si en mi fragilidad no te dejo
ser Amado ni fiel Compañero.



Aunque con todo lo que soy
seguirte quiero, se obrará el milagro.
Se hará viva la promesa,
el Reino se convertirá en certeza.

(Malvi Baldellou)



Hoy me dice LA PALABRA...

Lucas 6,17.20-26. Bienaventurados los pobres.



Después de bajar con ellos, se paró en una llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón.

Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les decía:

«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.

Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas.

Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!

¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre!

¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!

¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que vuestros padres hacían con los falsos profetas.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

El Evangelio es Buena Noticia de vida, futuro, salvación, pero lo es para los pobres. Para los ricos, en cambio, resulta una noticia desagradable, porque denuncia la injusticia y la opresión que fomentan y en la que se instalan, cerrándose al clamor del pobre y, por eso, al clamor de Dios. El Evangelio es anuncio, y también denuncia.

En el contexto del evangelio de Lucas esa denuncia tiene una finalidad, además de poner a la luz la inhumanidad de esa manera de vivir. Busca la conversión. Busca el reconocimiento de los males que esa vida, que ese sistema, provoca, para que nos toque el corazón el sufrimiento ajeno y seamos capaces de cambiar nuestra vida para abrirnos al amor de Dios y reconocer su presencia entre nuestras hermanas y hermanos más pobres. Busca sacarnos de nuestro individualismo autorreferencial y justificador de la injusticia, para abrirnos al proyecto de fraternidad que es el proyecto del Reino.



Las Bienaventuranzas del evangelista Lucas ponen el acento en «la cuestión social»: los pobres, los que tienen hambre, los que lloran, los excluidos y proscritos por causa del Reino. Y suponen una denuncia de la escala de valores imperantes en nuestro mundo, en la que también encajamos tantas veces nuestra vida: ricos saciados, satisfechos de nosotros mismos, sin hueco para Dios o para el hermano que sufre en nuestra vida, esclavos del consumo, indiferentes al sufrimiento humano, compulsivos buscadores de que la vida siga centrada sobre nosotros mismos; la nuestra y la de quienes nos rodean.

Los «ayes» del Evangelio de hoy son una contundente llamada a la conversión, para que podamos abrirnos al amor de Dios que nos descentra, y que hace posible la fraternidad.

Hay en estas bienaventuranzas una propuesta de vida completamente distinta, una propuesta de vida que nos pone –desde nuestra radical fragilidad– ante el amor de Dios. Son un camino que hace posible la comunión y la solidaridad, que nos entrelaza unas con otros para tejer redes de fraternidad, de acogida y cuidado mutuo, de solidaridad.

En las bienaventuranzas Dios –que es el Dios del amor, de la misericordia– se pone de parte de los pobres porque le resulta inaceptable su situación de opresión. Esa es la Buena Noticia de las Bienaventuranzas, que la pobreza, la miseria humana, la injusticia y la deshumanización de nuestro mundo van contra el querer de Dios, y que quienes decimos seguir a Jesucristo en nuestra vida, debemos, por eso, combatirlas con todas nuestras fuerzas, con todo nuestro amor, para ser la imagen de Dios impresa en nosotros, y que sea así, también, nuestro el Reino de Dios.

Lo que no son las bienaventuranzas es una llamada a la resignación so pretexto de una recompensa de felicidad futura en la vida eterna. Son una llamada a hacer vida el Reino, y a ponernos, como Dios, siempre, del lado de los pobres, de las víctimas, de la fraternidad, la justicia, y el Amor.

Mi vida real se mueve de la bienaventuranza al ¡ay!; a los ¡ayes! que aún permanecen en mi vida. Se mueve entre mi deseo de la fraternidad y mi tendencia al individualismo, entre la solidaridad y el egoísmo... ¿Qué pasos concretos puedo dar en mi vida, desde la oración, a la luz de este evangelio, para ir viviendo la Bienaventuranza del Reino?





Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Queremos vivir la pobreza e Jesús. Elegir en la vida la sencillez, la humildad, la disponibilidad hacia los hermanos. No confiar tanto en nuestras decisiones, en el trabajo tan necesario, en los apoyos que nos creamos y que tan fácilmente caen.

Y confiar más en Ti.

Porque Tú, Jesús, tienes palabras de vida eterna. Nos tienes en Tus manos. Nos haces bienaventurados.

Queremos tener hambre, pero hambre de Ti. Hambre de sed y justicia, de verdad, de perdón, de paz y entendimiento. No hambre del último capricho ni necesidad ficticia. Hambre de entrega y compromiso a favor del bien de todos, de la verdad y la dignidad.

Porque Tú, Jesús, tienes palabras de vida eterna. Nos tienes en Tus manos. Nos haces bienaventurados.

Queremos llorar con los que lloran. Estar cerca de quien sufre la falta de trabajo, el abandono, la incomprensión, la soledad, la duda, la enfermedad. Cerca de los hermanos más desfavorecidos.

Porque Tú, Jesús, tienes palabras de vida eterna. Nos tienes en Tus manos. Nos haces bienaventurados.

Que así sea.

(Ángel María Lahuerta)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas...

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.